XLV.

Marcas inspiraba gran deferencia á todos los guardas de Traignac. Parecía un capitán al frente de su compañía de soldados.

Por consiguiente, Marcas era, para los limosinos de Traignac, un personaje.

Los criados particulares del general, es decir, los que servían á su persona y no cuidaban de sus dominios, se burlaban gustosos de la dictadura de aquel rústico, más no los otros, es decir, los que dependían de su autoridad de guarda mayor del dominio.

Para estos era tanto ò casi más que el conde, pues desde tiempo inmemorial le habían visto mandar, le conocian y le habían obedecido.

El general, para ellos, era un señor *in partibus*. Era tal vez un Dios, pero se encerraba en el misterio, en las alturas, y no le palpaban.

Como desde su instalación en el castillo, el conde y la condesa hacían una vida tan reti-

rada, se les veía muy pocas veces, y como Marcas continuaba con la dirección de todos los negocios, su autoridad y prestigio no habían decaido lo más mínimo.

Además, el general cuando tenía que dar alguna órden, siempre se dirigia á él ó á Farin. Eran sus representantes.

Marcas tenía la palabra breve. Nunca se perdía en divagaciones, y aunque se prodigaba por todas partes, su autoridad no desmerecia en nada.

En fin tenía una superioridad; era la honradez misma, irreprochable, personificada. Para los demás era la cúspide, para él, era el fondo sólido, donde descansaban los intereses del conde.

Mientras Roberto, á los pies de la condesa, pasaba las horas más felices de su vida, suplicándola tuviese valor y resignación, asegurándola con mil ardientes juramentos, que su amor era eterno, los criados estaban reunidos en una inmensa sala que debió ser, cuatro siglos ántes, la sala de armas y el local de reuniones más amplio de todos los del castillo.

En la enorme chimenea, cuya campana estaba sostenida por dos pajes esculpidos en sólida piedra de granito, ardía un colosal tronco de encina. Las paredes estaban adornadas con trofeos de caza y cabezas de jabalí, de lobos y de ciervos.

Veinte servidores estaban sentados al lado de una mesa rectangular, aún llena de los restos de una comida abundante.

Numerosas botellas vacias atestiguaban se era menos parco en la mesa de los criados que en la de los amos.

Hacía un rato que las bromas iban subiendo de tono.

Los criados de casas opulentas son, una vez terminado su servicio, la gente más libre del mundo.

—Maese Marcas, ¿podeis explicarme—decía el cochero del general, que quería probar la paciencia del guarda mayor—por qué las gentes del país os llaman mi comandante? No se oye más que comandante por aquí, comandante por allá, y francamente, eso es muy duro de digerir. A los treinta y cinco años el general no era más que capitán y vos parece que habeis venido al mundo con ese grado.

—Eres un tonto—contestó el guarda.—Si tuvieses dos cuartos de reflexión, sabrias que no me dan más que el título que me corresponde. ¿Qué es un presidente, un gobernador? El que preside ó el que gobierna. ¿No es eso? Pues dicho se está, que comandante es el que manda, y que á mí me llaman comandante porque soy el que manda. ¿Has comprendido?

—¿Y á quién mandáis vos, maese Marcas?—preguntó el cochero con aire burlón.

—¿Que á quién mando? No á tres mil soldados, pero sí sobre siete mil cuatrocientos arpendes de terreno donde hay patos, truchas, anguilas, peces, conejos, liebres, zorras, lobos, ciervos, jabalíes, sin contar las gentes que los habitan y las pastorcitas que tú persigues con tus requiebros.

—¡Oh! en eso os engañáis, maese Marcas—respondió el cochero poniéndose colorado hasta las orejas.

—Vamos, no mientas. Yo sé todo lo que pasa. Maese Marcas tiene buenos ojos y maese Perrinet también. La prueba de todo es que ayer en el prado tratabas de abrazar á la Picard, la pastorcita, y ella te contestó con un bofetón. Y te lo prevengo para tu gobierno. Aquí no es moda el pervertir á las mozas, y como te vuelvan á encontrar, verás lo que es bueno. Se hará una batida en tu honor como si fueses un lobo.

El cochero, molestado por las bromas de sus camaradas, se calló.

La conversación no siguió su curso porque Lecerf, el más ágil de todos los guardas, que llegaba de hacer su ronda, entreabrió la puerta é hizo una seña á Marcas para que saliese.

—Mi comandante—dijo el guarda cuando se vieron solos en el vestíbulo, débilmente alumbrado por una linterna que pendía del techo—creo que hay algo nuevo.

—A ver. Cuenta.

—Estaba yo en la extremidad del dominio, cerca de Saint Saturnin, y me alargué hasta Villefosse. Allí entré en la hostería de maese Chenu para refrescarme la garganta.

Estaban allá también cuatro mozos del país, charlé con ellos un rato, y cuando me disponía á salir, llegaron en un coche á Lubersac dos señores jóvenes y muy elegantes. Uno de ellos estaba condecorado.

Aquello me pareció extraño, y les seguí de lejos y vi que estuvieron hablando con una vieja—sin duda preguntándola algo—después se encaminaron hácia el castillo guiados por la pequeña Picard, y creo que deben estar aquí.

—¿Te llevaban mucha delantera?

—Lo menos tres cuartos de legua.

—Esas gentes no deben traer muy buenas intenciones — decía Marcas reflexionando— cuando se han dirigido por senderos extraviados.

—Yo oí, en el bosque de Saint Saturnin, á la Picard que decía á los señores, no nos veran.

—Tienes razón Lecerf. Aquí hay algo. ¿Está cerrada la puerta? ¿Ha entrado alguien?

—Todo está bien cerrado He hecho la inspección y he tenido que entrar por el subterráneo.

—Si, pero se puede entrar por las ventanas.

—Todas están cerradas y únicamente se vé que hay luz en el cuarto de la señora condesa.

—Está bien— murmuró Marcas—vete á comer. Joel es un buen centinela y si esos señores llegan, ya nos avisará. Ni una palabra de esto á nadie.

Una vez dado su parte, Lecerf se fue á comer con muy buen apetito, sin ocuparse más de la pastora y de los dos desconocidos

Marcas tenía su cosigna, y como esta era muy gvave, quiso antes de cumplirla pedir consejo á su amo.

Subió sin hacer el menor ruido á las habitaciones del conde y llamò con la mano.

No le respondieron.

Volvió á llamar.

El mismo silencio.

Entonces abrió la puerta con precauciòn y entró

El general estaba sentado en un sillòn, al lado de la chimenea.

A la llegada de Marcas no hizo ningun movimiento.

Estaba dormido.

Pero su sueño era agitado y su respiraciòn dificultosa.

Marcas se acercó. Su fisonomia dura y casi trivial tomò una expresión de tierna y respetuosa piedad.

—Duerme—dijo—Es un descanso para él. ¡Como ha cambiado en poco tiempo!—continuò.—Ya no quiere ver á la condesa. ¡Lo mismo que su padre! ¿Despertarle? ¿Para qué? ¿No me ha dado ya sus órdenes? Con seguridad tienen la culpa de su desgracia esos desconocidos. Tal vez se habrán marchado ya y asi ahorro una nueva pena á mi señor. ¡Dormid, pues, mi general; yo voy á velar vuestro sueño, y desgraciado del que intente turbar vuestra paz!

Y el guarda salió sigilosamente, como habia entrado, cerró la puerta y bajó á la sala donde poco ántes departía alegremente con los demás criados.

Allí llamó aparte á Farin.

—Jacobo—le dijo—hay ó debe haber en el castillo dos desconocidos. ¡Vigila del lado del porton; yo voy por el otro!

Y descolgando su fusil de una de las panoplias que adornaban la sala, se encaminó al jardin, donde entró por una puerta secreta.

Cuando Marcas, deslizándose como un fantasma, se ocultò en el jardin detrás de un grupo de árboles, vió en uno de los paseos una sombra que se dirigia á él.

Era Joel, el perro, que le habia conocido y venía á acariciarle.

—Es extraño—pensó el guarda—Joel no ha ladrado. ¿Si se habrá engañado Lecerf?

Un rayo de luna filtrándose á través de las nubes que la ocultaban, proyectò sobre el antiguo castillo su pálida luz, blanca como un sudario.

La ventana del cuarto de la condesa continuaba iluminada.

XLVI

Roberto continuaba á los pies de Gabriela. La joven tenía las manos de su amante entre las suyas.

—¡Llévame contigo!—Decia Gabriela.—¡Sácame de esta tumba, donde muero de penas y de fastidio ¡Acepté mi suplicio con paciencia porque esperaba que el general se apiadaria de mí; pero se aleja y sus sufrimientos acrecientan los mios.

¡Oh! Te lo suplico, llévame, ocúltame en un sitio donde nadie me vea, donde quieras, si nó me volveré loca. A no ser por Rosa, creo que lo estaría ya. No me atrevo á presentarme á los ojos de nadie. Me figuro que llevo mi falta escrita en la frente.

Roberto, emocionado por la desesperación de un alma extenuada por la debilidad, trataba de consolarla.

—Ten valor—decía—para dártele he venido. Dios me es testigo que te amo más que á la vida, más que todas las cosas del mundo y que estoy dispuesto á todo, para hacerte dicho-

sa, pero el crimen que cometeríamos, envenenaria el resto de nuestra existencia. ¡Sería un asesinato! ¿Qué seria del pobre general si al despertarse una mañana se encontrase conque su mujer se había escapado?

¡Qué escándalo y qué golpe mortal para su honor y su vida! Imítame, sé fuerte. Al verte respiro y recobro fuerzas para largo tiempo. Me marcharé alegre y feliz porque he respirado el mismo aire que tú. Es la suprema felicidad. Créeme, Gabriela mia, no aumentemos nuestra desgracia. ¡Tengamos paciencia!

El tiempo pasaba rápidamente y los minutos se sucedían con vertiginosa rapidez en la esfera del reloj.

Al señalar la aguja las nueve, Roberto se levantó.

—Es preciso separarnos—dijo—Se fuerte y ten cofianza en nuestro amor.

En vano Gabriela trató de detenerle.

—He jurado á de Tresmes que no estaría más de una hora, y no quiero faltar á mi juramento. ¡Ojalá pasen con igual rapidez nuestros dias aciagos!

La condesa, casi desmayada, se dejó caer en un sillón.

—Tened valor, señora....—decia Rosa—ya volverá.

—Sí—exclamó Roberto besándola la mano, —volveré.

Y después de despedirse de la condesa, abrió el balcón y asiéndose á la cuerda comenzó el descenso.

La luna, ya libre de nubes, proyectaba una claridad plateada y uniforme sobre las murallas del castillo.

Marcas, desde su escondite, vió á la condesa que había salido al balcón á despedir á su amante.

Lleno de indignación y cólera, amartilló su escopeta. Le parecia que estaba designado para vengar, de una sola vez, la injuria hecha en el honor de dos generaciones de sus nobles amos.

Cuando Roberto soltaba la cuerda que pendía del balcón y se disponia á reunirse con de Tresmes, un vivo resplandor iluminó el sitio donde se ocultaba el guarda.

Roberto cayó en tierra con el pecho destrozado por un tiro.

Marcas le habia matado.

De las habitaciones de la condesa salió un grito desgarrador. Era Gabriela, que al oir la detonación habia caido desmayada sobre la piedra del balcón.

El general se despertó sobresaltado al estruendo del tiro. Con gran trabajo se levantó del sillón, y se disponía á salir cuando Marcas entró en la estancia.

El guarda estaba pálido.

—Mi general—dijo:—He cumplido vuestras órdenes. Un hombre, un desconocido, ha escalado el muro y penetrado en el cuarto de la condesa. Fuí advertido por Lecerf, que le habia visto en Villefosse. Me oculté tras unos árboles al lado del foso. Hace poco vi al desconocido salir del cuarto, siempre por el balcon. La señora le abrazó en el momento de separarse; yo, ciego de cólera, hice fuego cuando trató de alejarse. El desconosido cayó. Ignoro si le he matado.

—¡Desgraciado! — exclamó el anciano. — ¿Qué has hecho?

—Obedecer vuestras órdenes.

—¡Es verdad! ¿Dónde está el herido?

—Al ruido del tiro saliò toda asustada la doncella, y del otro lado del jardin llegaron otro desconocido y Juanita la pastora. Creo que le han trasladado al cuarto de la condesa.

—¿Y no has socorrido á ese desgraciado?

—Mi general, creo que estará muerto. Hice blanco al pecho, y mi carabina es muy segura.

El anciano, anonadado por la emoción y la fatiga, se había sentado en el mismo sillón.

De pronto, una idea le pasò por la imaginación.

—¿Dônde estaba Joel esta noche?—preguntó.

—Donde siempre, mi general.

—¿Y no ha ladrado?

—No, mi general. Al principio me hizo reflexionar, pero luego no me extrañò. El perro conoce á la pastora.

Tampoco ladrò en Versalles, pensó el conde.

—¿Quién estaba en el jardin?

—Farin y yo, mi general.

—¿Y los demás?

—Están en las cocinas y no se han enterado de nada. Los parisienses meten mucho ruido y las murallas del castillo son muy espesas.

—¿Dices que ese desgraciado está en el cuarto de la condesa? Sígueme. Vamos allá.

Y apoyándose en el brazo de Marcas, atravesó la galería que separaba sus habitaciones de las de Gabriela.

La puerta estaba cerrada.

Marcas llamó

Rosa saliè á abrir, pero al ver al general trató de impedirle el paso.

—¡Señor conde—gritaba—no entréis! ¡En nombre de Dios, Marcas, no dejéis entrar al señor!

Y la doncella trataba de detenerle.

—¡Déjame entrar!—gritô el conde.—¡Quiero saber!

—¡Por piedad, señor conde, por vos mismo, no entréis!

—¿Pero qué es lo que se me oculta?—preguntó el general.—¡Rosa, dímelo!

—¡Una gran desgracia!—dijo Farin con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Dime lo que ha pasado! No conozco mayores sufrimientos que los que desde hace seis meses tengo.

Y separando á su ayuda de cámara y á Rosa, entrô en la estancia.

Roberto, inmóvil, cadavérico, estaba echado en el lecho de la condesa. Estaba agonizando.

Gabriela, con los ojos secos é inflamados, sin poder llorar, se había arrodillado á la cabecera y tenía una mano de su amante entre las suyas.

Más allá, en un rincòn, también de rodillas, oraba la pastorcita.

De Tresmes, de pie cerca del lecho, con los brazos cruzados, horrorizado del suceso, contemplaba, llorando, á su mejor amigo.

Gabriela no se moviô cuando llegó su marido.

Al llegar cerca del lecho, el general levantò la colgadura que le ocultaba el cuerpo del herido.

De pronto dió dos ó tres pasos hacia atrás, su rostro tomó una indecible expresiòn de terror, y á no ser por Marcas y Rosa, hubiese caído al suelo.

—¡Roberto!—gritó.—¡Mi hijo!....

Y echándose sobre él, cubrió de besos sus cabellos y su lívida frente.

—¡Está muerto!—exclamò.—¡No, no lo está! dijo poniéndole una mano en el pecho!—¡Un médico! ¡Pronto!

—Es necesario—añadió que se ignore la verdad de lo sucedido. Hay que decir que ha sido un accidente. ¡Por su honor, por el de la condesa, por el de todos! Marcas, monta á caballo y vuelve en seguida con un médico.

Y cogiéndole en sus brazos con infinitas precauciones, le decia:

—Hijo mío, vuelve en tí, te perdono. ¡La culpa no es tuya, sino mía. Yo debí prever lo que ha pasado. Vosotros érais jòvenes y estábais expuestos á funestas debilidades. ¡Yo estaba ciego! ¡Fué una insensatez!

La sangre salía gota á gota de la herida de Roberto. Por fin abrió los ojos.

Al ver al general inclinado sobre él, contemplándole con paternal ternura, una débil sonrisa asomó á sus labios, y murmuró estas palabras:

—¡Dios me ha castigado! ¡Perdón para Gabriela!

—¡Perdón para todos, hijo mio! ¡Vivirás! ¡Vaya! ¡No quiero que mueras!

Roberto cayó otra vez exánime sobre la almohada.

El general estaba aterrado. Abundantes lágrimas corrìan de sus ojos.

Despues, al ver á Gabriela que continuaba sollozando sin poder arrancar lágrimas á sus calenturientos ojos, la levantó en sus brazos y la dió un beso en la frente.

—¡Ah!—exclamó Gabriela, rompiendo á llorar amargamente.—¡Sois bueno como Nuestro Señor!

XLVII

Los criados del castillo, encerrados en sus habitaciones cuando ocurrió la catástrofe, no tenían conocimiento ni se habian enterado de nada. Además, un tiro no tenía nada de extraño en Traignac, pues muchas veces por la noche solian los guardas dispararlos sobre los jabalíes del bosque inmediato.

A la una y media llegò Marcas con el médico, un Esculapio de casualidad, excesivamente ignorante y bonachón.

—El caso es grave—dijo examinando á Roberto.—¿Cómo ha sido herido?

—Un accidente de caza—dijo de Tresmes.—Una bala perdida.

—¡Diablo!—exclamó el doctor rascándose la cabeza.—Sería conveniente ir á buscar á uno de mis colegas de Lubersac. Pero desgraciadamente creo que no tendremos tiempo.

Una sangría practicada por el campesino doctor—verdadero sangrador de la Edad Me-

dia—hizo volver en sí al herido, proporcionándole algunas fuerzas.

Vivió hasta el alba, y confesó al conde su pasión por Gabriela, la resistencia de la joven, sus remordimientos y la oposición de De Tresmes á que emprendiese el viaje.

Al rayar el dia, consolado por el sublime perdón de aquel corazón de oro, expiró en los brazos del general.

De Tresmes continuaba de pie cerca del lecho.

Cuando Roberto entregó su alma á Dios, el general mandó llamar á Gabriela, y besándola en la frente, exclamó:

—Hija mía, sois viuda. Pronto os quedaréis huérfana.

Marcas había ejecutado la consigna de la Providencia.

***

Los periódicos de aquella época dieron cuenta de la muerte de Roberto atribuyéndola á un accidente de caza.

Esta fué la creencia general; sin embargo, hubo algunos excépticos.

El salón de la princesa Ivanowska vió florecer el mayor número.

El vizconde Palamede deploraba una noche ante ella la muerte de su amigo.

—Creedme, querido vizconde—decía la princesa—mientras viva el general no vayáis nunca á Traignac. ¡Sus guardas son muy torpes!

Otra noche, en un baile en el Eliseo, paseándose entre Riozares y lord Fowler, se encontró con de Tresmes.

La princesa se separó con brusquedad de us acompañantes.

—¿Queréis—dijo al teniente, siempre triste desde la muerte de su amigo—ofrecerme vuestro brazo?

—Con mucho gusto, princesa—contestó el oficial.

—Contadme algunos detalles de la muerte de vuestro amigo.

—No tengo valor para pintaros ese terrible accidente.

—¿Pasaría de noche?—objetó con malicia la princesa.

—¿Por qué por la noche, princesa? Yo estaba cerca del pobre Roberto, y se veía muy bien.

—¿Era clara la luna?

—¡Princesa!—exclamó gravemente de Tresmes—se puede criticar á los vivos, pero nunca calumniar á los muertos.

—¡Ah! Vos tenéis un gran corazón, señor de Tresmes, y esa es una cualidad muy recomendable.

—Porque es rara, ¿no es cierto? Con la muerte de Roberto habéis perdido un amigo fiel. ¡Mucho os amaba!

—¡Oh! para entretenerse. ¡Más le hubiera valido seguir conmigo que irse á hacer matar en el fondo de un bosque.

***

El día 12 del mes de Enero siguiente, el general falleció de repente; se apagó como una lámpara falta de aceite.

Gabriela estaba arrodillada á la cabecera del lecho: la mano del moribundo descansaba sobre sus cabellos, como para darla una suprema absolución.

Las últimas palabras del anciano fueron éstas:

—¡Roberto! ¡Gabriela! ¡Hijos míos!

No quedaba ningún heredero del nombre de los Branville.

Aquel árbol diez veces secular se había convertido en polvo.

En su testamento legaba el general sus cuantiosos bienes á su viuda, y gran parte de sus casas de París á de Tresmes, por la sincera amistad que le había unido con su hijo.

La condesa sigue viviendo en el castillo donde reposan los restos de los que amaba. Vive en medio de sus recuerdos, con su fiel Rosa, á quien quiere como á una hermana, y tiene por doncella á la pastorcita que la sirve con gran cariño.

El honrado Marcas, Farin y los restantes servidores, siguen en sus funciones y sirven con fidelidad á la viuda de su antiguo amo.

De Tresmes es capitán de dragones.

Su tristeza es incurable, y únicamente halla consuelo en las frecuentes visitas que hace á Traignac.

La princesa Ivanowska ha regresado á su nevado país.

¡Que Dios la perdone!

FIN